

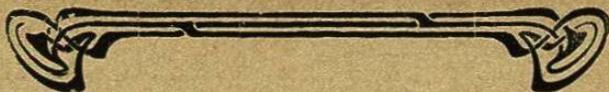
güenza de que un hombre me hubiese vestido ni desnudado, secándome y frotándome tantas veces: lo que me indignaba era una humillación de mujer... ¿Comprendes?

\* \* \*

—No del todo.

—Reflexiona. Ese mozo había sido condenado por violación... Yo pensaba... en la mujer á la cual atropelló... Aquello era humillante para mí, que le había tenido tan cerca siempre, que me había visto desnuda tantas veces, que me había envuelto en la sábana sin... ¿Comprendes ahora?

La otra no respondía. Miraba con una fijeza singular los dos brillantes botones de la levita del cochero, y en sus labios dibujábase una sonrisa de esfinge, propia de las mujeres.



## LA DICHA

ERA la hora del te, momentos antes de pedir luces. La *villa* dominaba el mar; la puesta del sol había enrojecido el cielo, salpicándolo con dorados resplandores; y el Mediterráneo, sin una ola, sin el menor estremecimiento, como una inmensa placa de metal bruñido, resplandecía con los moribundos reflejos de la tarde.

• Lejos, á la derecha, las montañas picudas, recordaban su perfil negro sobre la rojiza claridad del crepúsculo.

Hablábase de amor, se discutía este viejo asunto, repitiendo cosas mil veces dichas. La melancolía dulce del anochecer, impregnaba las frases con ternura melancólica, y la palabra «amor», constantemente repetida, ya por la voz firme y poderosa de un hombre, ya por la vibrante y delicada voz de una mujer, revoloteaba como un pajarillo, influía en todos como aparición misteriosa.

«¿Se puede querer mucho tiempo? ¿Es posible que un cariño viva muchos años?»

—¡Sí!—decían unos—; y afirmaban otros: ¡no!



Se precisaban singulares circunstancias, hacíanse notar numerosas diferencias y se referían ejemplos varios. Todos, hombres y mujeres, recordando sus propias emociones, no se atrevían á confesarlas, conteniéndolas á flor de labio, temerosos de que fueran de sobra transparentes, conmovidos al sentirlas revivir, y hablando con emoción profunda y ardiente interés de aquel asunto vulgar y soberano.

De pronto, alguien, señalando á lo lejos, advirtió:

—Mirad: ¿Qué veis en el horizonte?

Limitando el mar, aparecía una masa gris, enorme y confusa.

Las mujeres habíanse levantado y todas miraban.

Uno respondió:

—Córcega; es Córcega. Dos ó tres veces al año, aparece así, gracias á ciertas condiciones atmosféricas, poco frecuentes.

Distinguíanse vagamente las crestas de las montañas, y algunos creyeron ver cómo blanqueaba en las cumbres la nieve. Todos quedaron sorprendidos, casi aterrados, por la brusca é incomprensible aparición de una tierra fantástica, surgiendo en el mar. Aquellas impresiones eran acaso parecidas á las que debieron sentir los navegantes que atravesaban el Océano con rumbos desconocidos.

Un caballero anciano que hasta entonces callaba, dijo:

—He conocido en esa isla que ahora se ofrece á nuestros ojos (como si quisiera responder á lo que hace poco decíamos, despertando mis memorias con su aparición), un ejemplo hermoso de amor constante y feliz. Escuchen ustedes.

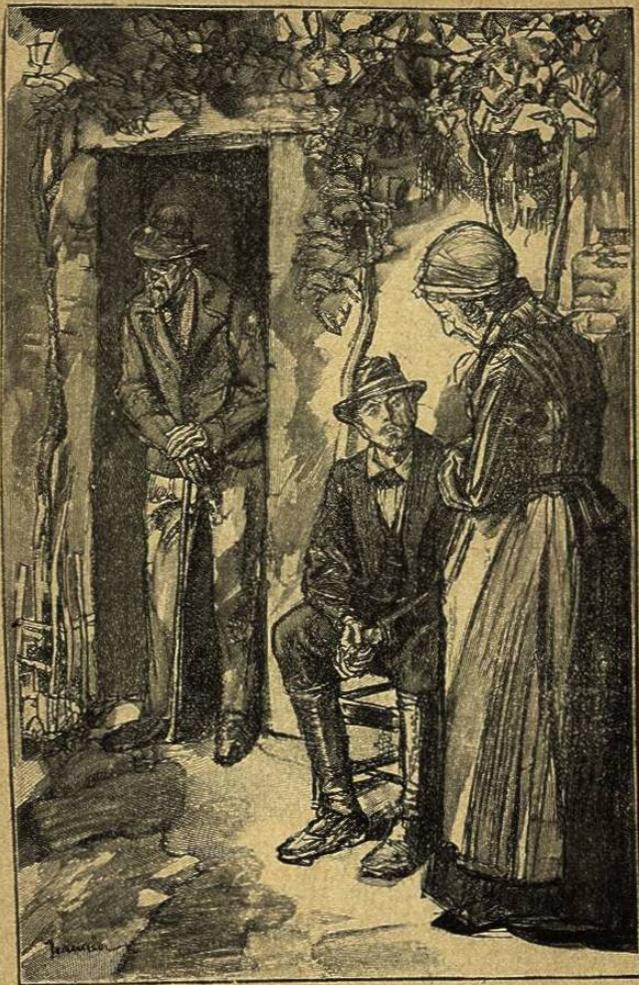
\*  
\*  
\*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALEJANDRO MALIBES"  
Calle 1625 MONTERREY, MÉXICO

Fuí, hace seis años, á Córcega. Esa isla, ruda y agreste, á pesar de hallarse tan cerca de nosotros, que surge de cuando en cuando en el horizonte, como ahora sucedió, es menos conocida y menos frecuentada que las regiones vírgenes de América.

Figúrense ustedes un mundo en el caos, un terreno montañoso cortado por desfiladeros y torrentes; ninguna extensión plana; inmensas olas de granito, gigantes ondulaciones del suelo, donde crecen jarales bravíos y bosques frondosos. Un suelo virgen, inculto, desierto; rara vez se descubre un pueblecito, como un montón de rocas, en la cumbre de un monte. Ningún cultivo, ninguna industria, ningún arte. Ni un madero esculpido, ni una piedra labrada; no aparece jamás el gusto infantil ó refinado, que pudieran tener por las formas bellas, los antepasados.

Italia, donde cada palacio, lleno de obras maestras, ya es por sí una obra maestra; donde los mármoles y las maderas, los bronces y el hierro, atestiguan el poder creador del hombre, allí donde los más insignificantes objetos encontrados en las casas antiguas, revelan la divina preocupación de la forma, es, para nosotros, la sagrada cuna del esfuerzo de la grandeza, del poder triunfante de la inteligencia creadora.



Y frente á ella, la Córcega ruda, se conserva salvaje en su origen. El hombre habita una cabaña tosca, indiferente á todo lo que no sea la satisfacción de necesidades imperiosas y disputas de familia; tiene las cualidades y los defectos de las razas incultas: violento, rencoroso, inconscientemente cruel, y al mismo tiempo, generoso, agradecido y hospitalario; abre sus puertas y ofrece asilo al caminante; el más pequeño favor despierta en su alma profunda simpatía.

Estuve un mes recorriendo la isla, como si me hallara en los confines del mundo. Ni posadas, ni carreteras. Caminar por vericuetos, descansando en miserables caseríos, desde donde se dominan los profundos y tortuosos torrentes, cuyo mugido incesante resuena en las alturas; pedir cena y abrigo para la noche; sentarse á una mesa humilde y desconocida; dormir bajo un pobre techo; y á la mañana siguiente, despedirse del huésped y estrechar su mano, que ofrece leal y afectuoso: tal era mi vida.

Pero una tarde, llegué á una casita solitaria, en un estrecho valle, no lejos del mar, después de nueve horas de camino. Dos vertientes montañosas, cubiertas de jaras, peñascos y árboles, cerraban, como gigantescas murallas, aquel espacio angosto y triste.

Alrededor de la casita, un viñedo, un jardincito, y algunos castaños, aseguraban la existencia de sus moradores, constituyendo una verdadera fortuna, en aquel miserable país.

La mujer que me recibió era bastante anciana, grave y limpia. El hombre, sentado en una silla de paja, se levantó para saludarme; luego volvió á sentarse y no dijo palabra. Ella indicó:

—Se ha quedado sordo; tiene ya ochenta y tres años.

Me sorprendió que hablara en correcto francés, y la pregunté:

—¿Ustedes son de Córcega?

—No; somos del continente; pero hace ya cincuenta y dos años que vivimos aquí.

Una sensación de angustia y espanto me sobrecogió al pensar en medio siglo de vida en aquel triste paraje, tan lejos de las poblaciones en que se agrupan las gentes civilizadas.

Llegó un pastor viejo, y empezaron á servir la única vianda que tenían: una sopa espesa, con patatas, grasa y coles.

Terminada la frugal comida, me senté á la puerta, con el corazón oprimido por la melancólica tristeza de aquel paisaje, con el abatimiento que se odora del espíritu en ciertas ocasiones y en cier-

tos lugares. Parece que todo se consume, que todo acaba, y llega el fin del Universo. Siéntese de pronto el horrible abandono de la vida, el aislamiento, la nada, la soledad que acongoja nuestro pensamiento.

La mujer se acercó á mí, preguntándome:

—¿Ha venido usted de Francia?

—Sí; viajo por gusto.

—¿Será usted parisiense acaso?

—No, señora; soy de Nancy.

Emocionóse profundamente, y repitió:

—¿De Nancy?

El hombre presenciaba la escena, impasible, sin enterarse de nada; la mujer prosiguió:

—¿Conoce usted familias de Nancy?

—A todas.

—¿Conoce á los de Sainte-Allaize?

—Sí; mucho; eran amigos de mi padre.

—¿Cómo se llama usted?

Cuando supo mi nombre, dijo en voz baja, como si despertase lejanas memorias:

—Ya sé, ya sé. ¿Y qué se hicieron los Brismare?

—Todos han muerto.

—¿Y los Sirmont? ¿Los ha conocido usted?

— Sí; el último es general.

Entonces ella, estremecida por la emoción, angustiada por algún sentimiento confuso, poderoso y sagrado, por el ansia de confesar aquello que tuvo guardado en su corazón durante medio siglo, me advirtió:

—Enrique Sirmont es mi hermano.

Clavé los ojos en ella, sorprendido, asombrado. Y de pronto, recordé la vieja historia: un escándalo entre las nobles familias de Lorena. La señorita Susana de Sirmont, hermosa, rica y joven, había huído con un sargento de húsares del regimiento que mandaba el padre de la muchacha.

El sargento era un guapo mozo, hijo de labriegos; vestía con arrogancia el uniforme. ¿Cómo pudo Susana enamorarse? ¿Cómo se lo dió á entender? ¿Cómo hablaron?

Fué un secreto para todos; nada se pudo saber ni sospechar. Una tarde, huyeron. Los buscaron inútilmente. No se tuvieron jamás noticias de Susana, y la creyeron muerta.

Después de tanto tiempo se me aparecía en aquel triste valle.

— Lo recuerdo todo: es usted Susana Sirmont.

Su cabeza se inclinó para contestar afirmativamente; asomaron lágrimas á sus ojos. Y señalándome al viejo inmóvil, dijo:

—Es él.

Comprendí cuánto le quería; su amor era inextinguible.

—¿Ha sido usted dichosa?—pregunté.

—¡Muy dichosa! Mucho. Ni un instante pude arrepentirme de quererle.

La miré con tristeza, sorprendido, maravillado.

Una señorita enamorada ciegamente de un labriego podía ser dichosa con él, viviendo en la soledad: el amor puede tanto. La vida sin ostentosos lujos y sin delicadezas mundanas, el apartamiento y la escasez, no la vencieron: le quería mucho, le quería siempre. Vestía pobremente, comía patatas en una cazuela sobre un banco rústico, dormía en un jergón junto á él.

Su pensamiento se redujo á él. Nunca sintió haber huído renunciando á comodidades y elegancias; nunca lamentó carecer de blandos muebles y de habitaciones lujosas. El, sólo él, constituía su felicidad.

En su primera juventud abandonó á sus iguales, á su familia; renunció á los goces de los ricos para vivir pobremente, sola con él allí, en un valle angosto.

El, para Susana, lo era todo; todos los deseos, todas las ilusiones, todos los delirios y esperanzas reducíanse á él; su amor llenaba su existencia.

De ningún modo hubiera sido más feliz.

Toda la noche, oyendo la fatigosa respiración del viejo soldado, medité aquella sencilla historia, viendo la felicidad completa, realizada con tan poco.

Al amanecer, me despedí afectuosamente de los dos viejos amantes.

\*  
\*\*

El narrador había terminado. Una señora dijo:

—Ella se contentaba con muy poco. Resignándose á tanta escasez; demostró sus modestísimas aspiraciones: era una simple.

Otra señora replicó pausadamente:

—¿Una simple? Acaso. Pero fué dichosa.

Y á lo lejos, en el horizonte, la isla de Córcega borrábase, desvanecía-se como una leve aparición, que se hubiera ofrecido solamente para recordar la historia de aquellos humildes enamorados.





## UNA VENGANZA

LA viuda de Paolo Saverini vivía sola con su hijo en una pobre casa de las afueras. La ciudad, construída en un saliente de la montaña por algunos puntos cortada á pico sobre el mar, domina por la parte más rocosa y erizada de escollos, la costa de Cerdeña, de la cual la divide una lengua de agua. A sus pies, rodeándola completamente como un gigantesco pasadizo, una hendedura de la escarpada costa le sirve de puerto, al cual se acogen los barquichuelos de pescadores italianos ó sardos y, cada quince días, el viejo vapor desven- cijado que lleva el correo de Ajaccio.

Sobre la montaña blancuzca, las viviendas forman una mancha blanquísima; parecen nidos colgados en la roca. El viento azota el mar sin descanso, y azota la costa virgen de toda vegetación. Los penachos de espuma que sin cesar se alzan so-

bre los picos de las rocas parecen lienzos flotantes.

La pobre casa de la viuda Saverini, construída en el borde mismo de la costa escarpada, abre sus tres ventanas sobre aquel horizonte silvestre y miserable.

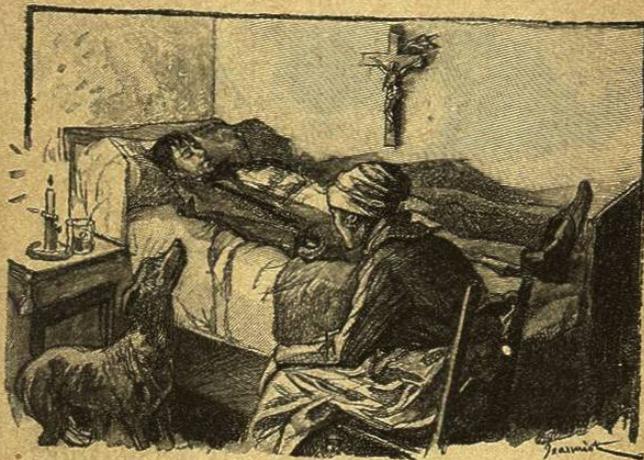
La mujer vivía sola, con su hijo Antonio y su perra *Ligera*, grandota y flaca, de pelo áspero y crecido, cruzada de mastín. Ese animal servíale al mozo para cazar.

Una tarde, y después de una disputa, el joven Antonio Saverini fué asesinado traidoramente con un cuchillo por Nicolás Ravolati, el cual huyó aquella misma noche á Cerdeña.

Cuando la madre vió el cuerpo de su hijo, que le llevaron unos hombres, lloró, pero estuvo largo rato mirándole fijamente; después, tendiendo su mano derecha sobre el cadáver, juró vengarse. No consintió que nadie la hiciera compañía, y encerróse aquella noche con su hijo muerto y con su perra *Ligera* en la pobre casa.

Aullaba el animal continuamente al pie del lecho, con la cabeza tendida hacia su amo, y la cola baja, escondiéndola entre las patas. No se movía. Tampoco la madre se movía; inclinada sobre su hijo, mirándole con los ojos muy abiertos, lloraba silenciosa.

El cadáver, vestido con un traje de paño burdo, rasgado en el pecho, parecía dormir; pero en todo su cuerpo había rastros de sangre: sobre la camisa, en el chaleco, en los pantalones, en la cara y en las



manos. Cujos de sangre se hallaban prendidos en la barba y en el pelo.

Sollozando, la pobre madre le habló. Al oírlo, cesó de aullar la perra.

—Yo te vengaré; te vengaré, hijo mío. Duerme, duerme; tu madre te vengará. ¿Oyes? Tu madre te lo promete, y siempre te ha cumplido sus promesas. Ya lo sabes.

Y lentamente, inclinándose más, posaba sus labios fríos en los labios muertos.

Entonces *Ligera* gemía de nuevo, con un aullido monótono, desgarrador, terrible.

Así estuvieron la mujer y el animal junto al cadáver, hasta que se hizo de día.

Enterrado Antonio Saverini, se habló algo de su muerte, pero muy pronto á nadie preocupó aquel asunto, no teniendo más familia que su madre, ni hermanos, ni siquiera parientes.

\*  
\*  
\*

Ningún hombre que pudiera vengarle. Pero su madre se lo había propuesto.

La infeliz mujer, desde la puerta de su casa, veía un punto blanco al otro lado del mar, sobre la costa. Era el pueblo de Longosardo, en el cual se refugiaban los criminales corsos, formando casi por entero aquella población, frente á las costas de su patria, y aguardando el momento de volver. En ese pueblo se había refugiado también Ravolati. La madre de Saverini lo sabía.

Sola desde que Dios amanece, mirando á lo lejos, pensaba en vengarse. ¿Cómo? Enferma, casi moribunda, ¿qué hacer? Lo había prometido, lo había jurado en presencia del cadáver. No podía ol-

vidarlo, pero tampoco podía esperar auxilio de nadie. ¿Qué hacer? No descansaba, obstinándose, buscando un medio. La perra dormía echada junto á la mujer, ó aullaba extendiendo el cuello.

Desde que su amo había desaparecido, ladraba con frecuencia, como si quisiera llamarle, como si quisiera decirle que guardaba su recuerdo.

Una tarde, oyendo aullar á *Ligera*, la madre concibió un pensamiento salvaje, feroz y vengativo.

Lo meditó hasta la mañana del siguiente día, toda la noche. Levantóse al amanecer y se fué á la iglesia. Rezó arrodillada en el suelo, postrándose para recibir las bendiciones de Dios, rogándole que la compadeciera y ayudara, dando á su pobre cuerpo consumido la fuerza necesaria para resistir, hasta que pudiera vengar á su Antonio.

Volvió á su casa. Tenía en el patio un tonel viejo que servía para recoger el agua del canalón. Lo vació, lo volcó, lo afirmó entre piedras, y atando á la perra en aquel tabuco, volvió á entrar en su casa.

Recorría sin descanso las habitaciones, mirando siempre por las ventanas hacia Cerdeña. Estaba en aquella costa el asesino.

La perra ladró todo el día y toda la noche. La mujer la dió agua, pero agua solamente; ni un pedazo de pan. *Ligera*, extenuada, se durmió. Al otro

día, su ojos brillaban, su pelo se erizaba, y furiosamente sacudía su cadena.

La mujer continuó dándole agua; ni un pedazo de pan.

Al tercer día, la mujer fué á casa de un vecino, pidiendo por favor dos sacos de paja; y con ropas viejas de su marido, rellenándolas, hizo un muñeco.

Clavando una estaca en el suelo, ató el muñeco en ella, y le puso una cabeza de trapo.

La perra, sorprendida, miró al hombre de paja sin ladrar, dominada por el hambre.

La mujer compró una morcilla negra, y asóla sobre las brasas. Con el olor, *Ligera*, excitándose, ladraba y saltaba.

Luego la mujer cosió fuertemente la morcilla en torno del cuello del muñeco, y cuando la hubo asegurado bien, soltó á la perra.

De un salto formidable se abalanzó *Ligera* al cuello del muñeco, y con ferocidad mordisqueaba la morcilla. No pudiendo arrancarla tomó nuevo impulso y saltó segunda vez, deshaciendo á dentelladas el corbatín del hombre.

La mujer, inmóvil y muda, miraba muy atentamente. Luego, ató al animal en el tonel que le servía de caseta, y lo tuvo en ayunas otros dos días, al cabo de los cuales, repitió aquel extraño ejercicio.

Durante algunos meses *Ligera* se acostumbró á conquistar su escaso alimento en esa especie de lucha, tirando fieras dentelladas. Ya no la tenía sujeta, y á un gesto de la mujer, el animal se lanzaba contra el muñeco.

Aprendió á desgarrarle, á devorarlo sin que tuviese prendido al cuello ningún comestible. Y después de haber achuchado á *Ligera* contra el muñeco, la mujer premiaba con una golosina la rapidez y la violencia del ataque.

En cuanto veía de lejos á un hombre, *Ligera* estremeciase, y miraba con inquietud, esperando la orden de su ama: un «á él» pronunciado con aguda vocecilla y alzando el dedo.

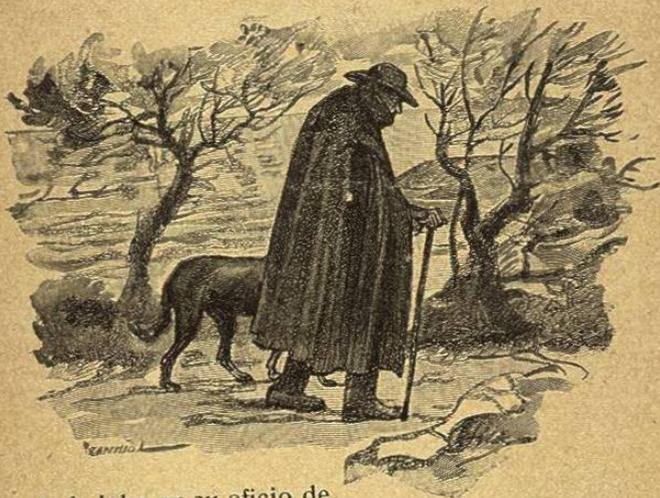
\*  
\*  
\*

Creendo llegada la ocasión oportuna, la mujer confesó y comulgó un domingo por la mañana, con un fervor extático. Después, vistiéndose con un traje de hombre, trató con un pescador sardo para que, de regreso, la llevara en su lancha.

En una bolsa puso un gran pedazo de morcilla. *Ligera* estaba en ayunas desde el día anterior, y la mujer, de cuando en cuando, la dejaba olfatear la bolsa para exasperar el apetito.

Pasaron de Córcega á Cerdeña, y entraron en

Longosardo. La mujer cojeaba; en una panadería preguntó por la casa de Nicolás Ravolati. Éste, que



trabajaba en su oficio de carpintero, estaba solo en su taller.

Ella le llamó desde la puerta:

—¡Eh! ¡Nicolás!

El carpintero volvió la cabeza, y entonces la mujer, soltando á *Ligera*, gritó:

—¡A él! ¡A él! ¡Destrózale!

Hambriento, exasperado el animal, arrojóse á la garganta del hombre, que no pudo huir ni defenderse. Cayó al suelo, alzando las manos, y durante unos

momentos agitóse, queriendo luchar. Pero muy pronto quedó inmóvil, mientras *Ligera* le destroza el cuello, arrancándole á mordiscos la garganta.

Dos vecinos, que se hallaban sentados á la puerta de su casa, recordaron al día siguiente haber visto salir de la carpintería á un viejecillo caduco y á un perro, el cual recibía de su amo unos trozos de morcilla negra.

La mujer, volviendo á su casa, durmió aquella noche muy tranquila.

